

¡ESE ES MI PUEBLO!



**Acto celebrado
en la Villa de Campos de Arenoso, la noche
del 9 de julio de 1937**

1002187641

FRXX/3198



¡ESE ES MI PUEBLO!

Acto celebrado en la villa de
Campos de Arenoso, la
noche del 9 de julio
del año 1937

Al paisano Manuel
Ventura, afectuosamente,
El Autor

Imp. Peñarrocha
VALENCIA
San Cristóbal, 6

Valencia 26 febrero 1938

Al Pueblo de Campos

.....*

PAISANOS: ¡Heme aquí a vuestro lado después de tan larga ausencia!

Ante mi llegada se me ocurre una expresión, expresión paradógica a un cantable de la ópera «Marina». Os la voy a cantar no sin antes advertiros que mi voz se asimila a la del «Coco» que tanto miedo da a los niños, y a la del guasón que asusta de improviso al descuidado con un grito estridente.

Preveníros, pues, y no asustarse que voy a rebuznar:

*Campos de Arenoso
cual me vió nacer;
dichosos los ojos
que os vuelven a ver.*

Qué, ¿os ha gustado? No, ¿verdad? Es que cantando estoy pésimo. No obstante llevo en cartera otro canto que de seguro os va a gustar más.

Se trata de un canto a Campos. No de un canto disgregado de una cantera porque ello suena a duro y molesta, ya dado sobre la cabeza de uno o sobre cualquier objeto contundente; ni tampoco del canto de un duro (moneda de plata de 5 ptas.), ni del me *en-canto* de ver una chavala de circunstancias muy agradables.

Mi canto es poético, versáceo o como queráis llamarle.

Pero... ¿qué hago? Sin darme cuenta me pongo cómico debido a la costumbre de escribir chistes y bromas sin considerar que el acto que voy a daros es un tanto serio y como a tal debo comportarme.

Ea, pues, se acabó el humorismo.

Atención:

Canto a Campos

Campos, Campos de Arenoso,
pueblo noble y laborioso
do pasa el río Mijares
susurrando sus cantares.
El que a sus pies se alza un puente
que tiene por conveniente
de mecerte con aliño
cual mujer que mece a un niño.
El de agua fresca en estío
de la fuente el Ragadio
que húmedo camino traza
del Ragadio a la Plaza.
El de la fuente de Ignacio,
que como digno prefacio
de saludo a la Antanilla
su agua cura a maravilla.
El de los huertos lozanos,
de los Clotes, de los Planos,
de la Ombría, del Ortal,
los Arcos y el Romeral.
El que tiene una alameda
de hojas finas cual la seda
y a sus pies mullida alfombra
do place tomar su sombra.
Pueblo que tiene a su vera
un tramo de carretera
al borde de una montaña
que el río Mijares baña
bajo los caminos viejos
del sector de Montanejos,
tan firme y original
que no tiene parigual.
El que mantuvo la fiesta
de Pascua Florida, enhíesta,
elevando sobre el marco
de la Plaza artístico arco

del que una rosca pendía
a guisa de alegría
de la Pascua y, alineados,
varios árboles plantados
que daban la sensación
de hallarse en el corazón
de una arboleda lozana
aspirando brisa sana.

El que en la fiesta de Reyes
basada en antiguas leyes,
de reina y rey disfrazados
sobre un caballo montados
a la grupa, iban dos mozos
por doquier dando alborozos,
mientras con mucha premisa,
a la salida de misa,
otros, a los masoveros,
les demandaban dineros
para darse un atracón
de cordero en salpicón
como entrada y, de salida,
carne y más carne rustida
rociada con vino añejo
envasado en un pellejo.

El de excursión anual
al castillo original
de los Ángeles; castillo
que fué de un moro caudillo
del cual nos dice la Historia
que se luchó con euforia
entre moros y cristianos
por adelantos humanos.
Las moras, según se cuenta,
antes que sufrir la afrenta
de rendirse al enemigo,
se infligieron el castigo
de una manera tan rara
que, tapándose la cara
bien con saya o delantal
dieron el salto mortal

desde el minarete abajo
dando a su fondo de cuajo.
Conmemorando ese día
con la mayor alegría,
los de Campos y la Puebla
se reúnen si no hay niebla
pólvora en salvas quemando
entre un bando y otro bando.

Pueblo de los segadores
que calados de sudores
volvían de Tierrabaja
con confites en la faja
para ofrecerlos prolijos
a sus mujeres e hijos,
y anunciando su llegada
a la Ramblalta honorada,
bajo los rayos del sol
tocaban el caracol.

El de festeros casados
que en los días señalados
de los Santos Inocentes
demandaban los presentes
para divertirse un día
y en contenta algarabía
simulaban tener mando
publicando un amplio bando
absurdo, cual ordenar
que no se podía estar
ni a sol ni a sombra, multando
al contraventor del bando.

Con trajes deteriorados
dos festeros disfrazados
de vieja uno, otro de viejo,
dábanse a jugar al tejo,
y a la vez con una escoba
daban a los chicos coba
corriendo tras ellos cuando
en su honor iban cantando...

«El viejo y la vieja
se quieren casar;

*cierran la puerta
por no convidar.*

*El viejo y la vieja
juegan al tejo;
el demonio la vieja
le gana al viejo.»*

*Pueblo de mozas garbosas
tan alegres cual dichosas
que con la faz sonriente
van a por agua a la fuente.*

*El de los mozos bizarros,
tocadores de guitarros
y bandurrias bien templadas
que bien cantaban albas
a las mozas prometidas,
las cuales de gozo henchidas
ocultas tras un balcón
oíanlas con fruición.*

*Otros, en la misma noche,
gala haciendo del derroche
de ramas verdes y flores,
al despuntar la alborada
le hacían senda enramada
al amor de sus amores.*

*Ese es mi pueblo, mi aldea
do mi vista se recrea
después de tan larga ausencia
de expatriación a Valencia.*

*¡Ese es mi pueblo!, repito;
permitidme que dé un grito
con honda y tierna emoción
salido del corazón
para sentirme dichoso:
¡Viva Campos de Arenoso!*

Me place relataros ahora, algunas efemérides de mi vida. La infantil, vivida en esta aldea, mi madre tierra, de la cual digo como el poeta que divulgó la frase;

*«La tierra donde nació
por madre la conocí.»*

Y la otra vivida durante tantos años de ausencia de este mi pueblo querido.

Paisanos contemporáneos y otros de edad más avanzada tal vez, recuerden como yo de un maestro de escuela, titular de este pueblo, D. Ramón Arnau.

De aquel maestro aprendí mis primeras letras; de aquel maestro austero, fiel cumplidor de su misión.

Tenía un hijo llamado Juan, espigado, duro de mollera o séase corto de entendimiento, el cual cursaba la carrera del Magisterio libre.

Su padre hacía las veces de profesor y vaya espectáculo brutal que se daba ante nosotros, los escolares.

Viendo don Ramón que su hijo mal asimilaba la explicación de las lecciones, una vez con el mismo libro y otras con un puntero, le daba en la cabeza sin compasión, dejándole patidifuso, aturdido.

Habiéndose trasladado este maestro a otra población, interinamente ocupó el cargo D. José Ortega, esposo de la maestra titular de Campos en aquella época.

De aquel don José, recuerdo, que era un tanto inepto para la enseñanza. Tan verde estaba respecto a la ciencia de Pitágoras que, un día, el «Tío Pilares» le cogió en pana, como vulgarmente se dice.

Fué el caso que «Pilares» chico, mi tocayo, sabía descifrar más problemas que su titulado profesor, y claro, don José, para que no se denotara su torpeza, daba siempre por bien resueltas todas las operaciones que le dictaba a su aventajado discípulo. Este, extrañando que siempre le salieran bien las cuentas expuso el caso tan raro a su padre, y el «Tío Pilares» que a la sazón ostentaba un cargo político, luego que hubo comprobado su ignorancia, le destituyó.

Para ello, «Pilares», por encargo de su padre, mal resolvió expofeso dos o tres problemas que el clásico profesor dió por aprobados.

En aquella época regentaba el curato de Campos un tal don Miguel de elevada estatura, con un defecto físico de importancia; tenía el cuello inclinado a una parte, contrastando con el de mi difunto padre, conocido por «Joaquín del Sabino» que le tenía como es notorio derecho como un huso, y así andaba que parecía un militar en marcha uniformada.

A don Miguel le precedió D. Francisco Palanca, de Sagunto, quien vino acompañado de una su hermana, de facciones bellas y cara sonrosada.

Para una de las festividades que antaño se celebraban aquí, por iniciativa de aquel sacerdote, fué contratada para que amenizase la fiesta, una Banda musical de su pueblo nativo, música de viento que el pueblo de Campos oyó con regocijo por primera vez.

Recuerdo el canto de bienvenida que un coro de escolares le dedicamos en cuanto los componentes de la Banda llegaron a la era de la «Somadica».

Decía así:

«Rebosando los niños de Campos
de alegría y tierna emoción
bienvenida pronuncian que seas
música, digna corporación, etc.»

¿Alguien de vosotros no recuerda mi actuación de monaguillo?
¿De qué forma se me ofreció el cargo?

Rodeado el cura de chiquillos preguntó:

—¿Quién de vosotros quiere ser acólito?

Los chicos nos miramos unos a otros sin decir esta boca es mía.

—Vamos a ver; ¿quién?—dijo el cura remachando el clavo.

—¡Estel—respondió el hijo del tío «Ropilla» señalándome a mí.

La alusión me emocionó, porque a decir verdad, la deseaba.

—¿Tú quieres serlo?—me preguntó don Francisco.

—Si mis padres quieren...

—Si querrán; acompáñame a tu casa y les hablaré.

Anduvimos desde la puerta de la iglesia a la plazoleta donde radicaba la casa de mis padres.

Mi madre (cariñoso recuerdo elevo a su memoria por lo buena y sufrida que fué en mi precaria adolescencia), estaba, digo, reunida a un grupo de mujeres sentadas en los escolones de subida a la casa del «Tío Pepe la Monta», remendando ropa unas y otras haciendo calceta o hilando cáñamo con el huso.

Desde la puerta de la taberna del «Tío Macario» donde había cuatro viejos jugando a la brisca, dije a mi acompañante:

—Aquella mujer bajita es mi madre.

El cura, dirigiéndose hacia ella, a mesura que íbamos avanzando la bromeó diciéndola:

—Aquí le traigo a su chico para que le castigue por haber cometido una atrocidad. ¿Sabe usted qué ha hecho?

Mi madre, fuese porque en la expresión risueña del cura comprendiese la broma, o fuese porque me considerase a mi incapaz de cometer maldad alguna, no se inmutó y luego que don Francisco hubo saludado se expresó de esta manera:

—No ha hecho nada malo, no; es buen muchacho. Quiere ser monaguillo y me ofrecí a influir para que usted le dé el asentimiento.

Mi madre le indicó que era el cabeza de familia el llamado a darlo, y para ello, don Francisco visitó al autor de mis días cuando hubo vuelto del campo.

Con sus bien razonados argumentos no consiguió vencer la resistencia de mi padre a dar el sí, alegando que mi ayuda le precisaba para hacer la siembra y otros menesteres.

No obstante, el cura, la noche siguiente, ateniéndose al refrán que dice «perro importuno saca mendrugo», volvió a insistir y le convenció.

—Has de aprenderte la letra de ayudar a celebrar la misa. ¿En cuanto tiempo?—preguntóme don Francisco.

—En una semana—le contesté resueltamente.

—Pocos días me parecen—objetó—. Te concedo un mes.

Dicho y hecho. Lo dije y así fué. En siete días me aprendí de memoria el «librico».

El cura se hizo lenguas de mi condición, tanto que, un día, estando él acompañado de comanditarios del pueblo y otras personas de relieve frente a la casa del tío Francisco Tendero, pasé, digo, ante ellos cruzando la plaza y el cura me llamó. Cuando llegué a su vera dijo a los circunstantes:

—Ahora verán—. Y comenzó a hacerme preguntas del texto del «librico».

—«Introhibo et altare Dei».

Y yo, run, run, run; contestación al canto.

—«Orates frates».

Y yo, run, run, run; contestación adecuada.

—Bien, bien—dijo acariciando mi cogote y, dirigiéndose a los compañeros de tertulia objetó:

—Es un prodigio este chico. Lo aprendió en una semana.

Aquel cura, D. Francisco Palanca, no pudo pensar que veinte años más tarde, en ocasión de estar él regentando el curato de

un pueblo próximo a Valencia denominado Fuente San Luís, tendría que venir a mi casa a rogarme que hiciese una acción justa a su favor.

Se publicaba en Valencia bajo mi dirección un semanario satírico titulado «La Matraca» y el corresponsal literario de Fuente San Luís me remitió un escrito fustigando al cura de aquel pueblo, escrito que dí a la publicidad ignorando que se tratara del sacerdote que me nombró monaguillo.

Se presentó don Francisco en mi casa enterado por no sé quién de que el chico que fué su acólito era en la actualidad director del semanario que le había fustigado.

Se dió a reconocer. Mi sorpresa fué inmensa. Remembramos escenas vividas aquí.

Luego, mostrándome un ejemplar de mi semanario me expresó que el escrito publicado del corresponsal de Fuente San Luís no se ceñía a la verdad y sobre tal particular cabía mi proceder a desmentir la imputación hecha contra el cura personificado en él.

Prometí complacerle no sin antes comprobar la falsedad manifiesta.

A tal efecto me personé en dicho pueblo, inquerí informes de vecinos imparciales resultando que don Francisco había sido calumniado y por lo tanto, el número siguiente de «La Matraca» puso los puntos sobre las íes de la razón.

De que D. Francisco Palanca ha sido un cura ejemplar lo corrobora el hecho de que hoy vive en Sagunto, su pueblo natal, auxiliado por sus paisanos que, en nuestra guerra contra el fascismo han respetado su vida bondadosa.

Como decía hablando de mi infancia, enfermó mi padre y vino la débacle con su defunción.

El estado económico de mi casa era precario. Mi madre, sola, con tres hijos pequeños, yo el mayor, hubo de pasar penalidades sin cuento.

Trece años contaba cuando salí para Albaida. En Albaida comenzaron las vicisitudes de mi vida bohemia. ¿Queréis que os la cuente? Bien. Está reflejada en mi autobiografía en aca publicada en uno de mis libros.

Dice así:

*«Según de la Historia infiero
nací en el mes de febrero.*

*En el pueblo generoso
del gran Campos de Arenoso.*

*Y para que os entereis
era el año ochenta y seis.*

*De tres años aun mamaba
y por nada yo lloraba.*

*Me llevaron a la escuela
con un calzado sin suela.*

*Vióme el cura que era un pillo
y me nombró monaguillo.*

*En Albaida, sin salario,
serví, un año, a un boticario.*

*En Cheste ocupé campante
la plaza de practicante.*

*Y por mutua conveniencia
de Cheste vine a Valencia.*

*Reparador de mecheros
a gas, fui de los primeros.*

*Mientras que con eficacia
buscaba nueva farmacia.*

*En casa Costas serví
y a los dos años me fui.*

*Entré en una botigueta
y no ahorré ni una peseta.*

*Porque mi patrón quiebraba
y el sueldo no me abonaba.*

*Dejé, pues, aquella espina
y entré en casa Barrachina.*

*Allí conocí ¡oh lectores!
el barrio de Pescadorrs.*

*Tan sujeto me tenía
don Martín, que hice la mía.*

*De Navarro, el fabricante
de jareta, fui pasante.*

*A Barcelona marché
y en conciertos actué.*

*Luego, con muchos desvelos
pinté a máquina pañuelos.*

A Valencia volví, empero,

oficié de jardinero.

*Y cuando hacía la Empresa
de las Aguas, nueva presa...*

*Establecí una cantina
en la montaña vecina.*

*Mas luego, con gran esmero,
ejercí de camarero.*

*Para alivio de mis males
escribí obras teatrales.*

*Actuando en «L'Antigor»
y otros más, hice furor.*

*Después seguí nueva pista
y me erigí periodista.*

*Yo publiqué «La Matraca»,
«La Tronà», «El Cuento», «La Traca».*

*Por una insignificancia
me trasladé, luego, a Francia.*

*Allí sufrí una odisea
cuando la Guerra Europea.*

*Y fabriqué varios miles
de bombas y proyectiles.*

*Mas de aquí, en marcha triunfal
hilé seda artificial.*

*A la par establecí
un restaurant, y venci.*

*De Francia a Cuba embarqué
y a Santa Clara llegué.*

*Allí fui durante un bienio
mayordomo de un ingenio.*

*Otra vez volví a Valencia
ciudad-mina de sapiencia.*

*Donde puse a la sazón
un popular bodegón.*

*Buscando más rendimiento
compré otro establecimiento.*

*Descansé una temporada
y establecí una posada.*

*Será la casa postrera
de mi inestable carrera.*

*Pues más pitos que un sereno
he tocado y sigo bueno».*

Simultáneamente con tales actividades escribí varios libros en lengua valenciana, de los cuales me cabe la satisfacción, valga la inmodestia, de que fueron bien acogidos por críticos y lectores.

Véase sinó la reseña del publicado últimamente, artículo que publicó la Prensa, suscrito por el director del «Centre de Cultura Valenciana», Carlos Salvador, que, traducido literalmente al castellano dice así:

LETRAS

LA JOIA DEL VERS FESTIU

de José Calpe de Sabino

He aquí un libro festivo por los cuatro lados. No es un libro que quiere ser alegre, antes lo es. Está escrito con el medio sonreír en los labios unas veces, con franca risa otras. Es un libro hijo del buen humor valenciano, no de aquel humor irónico civilizado, fino de ingleses y franceses humoristas que solo pellizca el alma de las gentes complicadas.

Es el humor valenciano de la huerta, el de los barrios típicos de la ciudad, sencillo y áspero, franco y picante.

Ya leído no te deja el gusto de una bebida extraña compuesta como un cocktail, sinó el gusto fuerte y simple de las bebidas del país.

Hacia tiempo que en Valencia no se publicaban libros de esta calidad.

Durante los primeros años del segundo renacimiento literario valenciano; el más avanzado, Constantino Llombart, publicó un libro de epigramas. «Niu de Abelles» que tenía este humor fuerte y soleado del que hemos ya hecho mención.

«La joia del vers festiu» viene a parangonarse con las producciones de aquella escuela de nuestros poetas populares, el más sobresaliente de los cuales fué Bernat y Baldoví.

Claro que para sobresalir en este

estilo precisa tener una gran facilidad en la versificación y un gran conocimiento de las expresiones vulgares, giros, modismos, frases típicas, dichos, etc., recogidos en la calle de labios de los menestrales, de los labradores; precisa poner la «brama» como dirían nuestros clásicos, y José Calpe de Sabino tiene todo eso en superabundancia.

Su libro es una cantera de frases populares. Y debe decirse que si bien el libro tiene aquella literatura picante que no a todos pueda satisfacer, el lingüista, el folk-lorista, el costumbrista, no puede olvidar estas fuentes de inspiración, ni este vocabulario que si no las buscan en esta clase de composiciones no las encontrará escritas en parte alguna.

Escrito esto pensamos seguidamente en aquel gran recopilador de cosas de la tierra del Che, Martí Gadea, que amante de los popularismos incluyó en sus libros todo el material que le fué posible sin olvidar voluntariamente, los que no eran, seguramente, de su gusto.

¿Qué material popular ha aprovechado Calpe de Sabino? Las historietas, los cuentos viejos, los epigramas, los calambures, las coplas, los despropósitos, etc. Y en un aviso antes

antes de comenzar el libro, nos recuerda las palabras de Sanmartín y Aguirre (otro escritor valenciano de aquella escuela de que hablábamos), referentes al epigrama valenciano:

«Si l'autor d'ell és graciós
i amb doble sentit l'escriu
el qui llegint-lo seriu
és en canvi maliciós
perquè enten lo que no diu».

Pero no todo el libro tiene esta tónica, esta forma de interpretar la alegría franca, fuerte y calurosa del populismo. Calpe de Sabino es un valencianista convencido y tiene composiciones como la titulada «Xel» de un gran sentido patriótico sobre el uso de nuestra lengua. Y una poesía «Florilegi» de un estilo todo di-

ferente al que predomina en el libro y que nos hace pensar que si el autor quisiera podría hacerse un nombre cultivando la poesía lírica.

Y otra cosa cabe remarcar: la corrección ortográfica. «La joia del vers festiu», es decir, la alegría y al mismo tiempo la joya como dirían los castellanos, está escrito correctamente. La ortografía deficiente y los castellanismos que suelen ser los dos puntos flacos de la mayoría de composiciones populares, están superados.

El libro tiene muchas cosas dignas de loa. Si no tuviera otras, esta de la corrección ortográfica y la de limpieza de barbarismos sería suficiente para ganarnos el corazón». Firmado,

Carlos Salvador

Aunque el autor del artículo anterior me considera, literariamente hablando, patriota valenciano, declaro que si bien es verdad tal afirmación, no por ello relego al olvido el patriotismo de mi pueblo natal, tanto es así que imprimo en casi todos mis libros partículas de actos, situaciones y motes conocidos aquí, recuerdos de mi infancia.

Así por ejemplo, en la comedia «Amor i sanc de llop» sitúo la acción en esta aldea. Menciono un viaje que un alcalde de Campos hace a Montanejos, y nombro la cueva negra y los altozanos contiguos a la fuente del Regadío. Nombro a mis personajes con motes asignados a individuos de Campos, tales como el «Tío Antón del Herrero», «Pascual de Caray», «Rosa la Fresca», el «Tío Mateo», «Miguel y Medio», «Gorrete» y otros.

Personas hay que no gustan oír el mote heredado de sus antepasados. De contrario, el mío, Sabino, va siempre odosado a la firma de mis escritos literarios porque el mote puesto a uno no altera el producto de las buenas o malas acciones sino los hechos.

En la novela «Secret de mare», describo un baile y en él una apuesta de dos mozos que se disputan el cariño de una mujer. Escribiéndola, mi pensamiento estaba puesto aquí en Campos, en la Plaza, donde antaño se organizaban aquellos bailes gran-

diosos por tocadores que tañían las vihuelas y guitarras con alma bien templada, tintineaban los hierros o golpeaban las panderetas al compás del run, run del instrumental de cuerda, y por aquellos otros mozos arrogantes, tales como el «Pichón», «Ángel de Moreno», etc., que repicaban las castañuelas al compás de la danza, chac, chacarrac, chac, chac, que era la admiración de las gentes congregadas en la Plaza.

Vaya un párrafo a las mozas que ataviadas con su ropa dominguera, sin más afeites que la cara bien lavada con jabón ordinario, daba gloria verlas sanas y guapotas, mover los pies, dar vueltas y vueltas saltando al compás de la música, engañando al bailador con la media vuelta, rindiéndole con valentía las veces que al final quedaba sola en el ruedo.

¡Mozas, mozas! Mozas aquellas de aquel tiempo que aún siendo yo un niño despertáronme la sensibilidad con el deseo de jugar con ellas, pellizcarlas, besarlas, etc., etc.

¡Perdón por aquellos atrevidos pensamientos!

Como decía, describo también una tronada como la que me sorprendió una vez en la Casilla y en que hube de refugiarme en una de aquellas típicas cuevas construídas al efecto.

Tengo escrito un romance en el que describo la taberna del «Tío Macario» y la Casa Abadía; las mozas están ensayando, aprendiendo un nuevo canto que el cura les prepara para cantarle en el aviniente mes de las flores.

En la taberna del «Tío Macario», disgustados los mozos porque ya son muchas las veladas que las mozas pasan el tiempo regocijando al cura con su presencia y este regocijo lo desean los mozos para sí, con el fin de que termine tal estado y no vuelva a repetirse, los reunidos maquinan el hecho de echar por la puerta de la Casa Abadía una docena de cohetes disparados, los cuales, efectivamente siembran pánico en la sala.

Menciono los carnavales de aquella época en que chavalillos con estufadores de caña, a guisa de jeringa, absorbían agua de los cántaros y lebrillos y la disparaban a las chavalas que, bulliciosas cruzaban las calles huyendo del remojón.

Mozos ya bien plantados, con diversos recipientes, tales como botas, calabazones, pucheros, etc., hacían lo mismo con las mozas atrevidas que se aventuraban a salir de casa para correr la juerga. Eso unos, y otros las enharinaban la cara, practicando a la vez con disimulo, el tanteo de las extremidades turgentes que se adivinaban bajo sus jubones y sayalejos.

Los hombres ya maduros, provistos de una brasa envuelta con estopa, aireándola, dándola con un brazo vuelta de campana, se dirigían a las mujeres amigas de la gresca, simulando, solo simulando un alzamiento de faldas aparejado con la intención de socarrarlas y, había que oír entonces los gritos que ellas daban, ya de miedo o regocijo, agachándose a tiempo o bien apretujando sobre sus piernas los sayales por si un casual alguien se propasaba de lo que solamente debía ser una intención.

Los chiquillos, por otra parte, armados de cachurros arrancados de cierta planta exótica, disparábanlos a brazo sobre el moño de las chicas, los cuales quedaban de una manera tan prendidos a la cabellera, que luego costaba dolorosos tirones de pelo para desprenderlos.

Y así, con el estilo a tenor de lo transcrito, describo en diferentes libros otras costumbres de la tierra.

Quiere decirse, que a pesar de haber permanecido el *Sabinico* lejos del pueblo que le vió nacer, no por ello dejó nunca de tener puesto en él su pensamiento.

A la vez me place consignar lo que se habla entre escritores enterados de mi origen y ello es que, no obstante ser Calpe de Sabino hijo de un pueblo de habla castellana, escribe correctamente la valenciana lengua, tal como sobre este particular deja bien sentado en su artículo el valencianista cien por cien, Carlos Salvador.

Y nada más. Después de lo dicho sólo espero que, llegado el último momento de mi existencia, se me ponga a los pies de mi sepultura un epitafio que diga:

«Aquí reposan los restos del que en vida fué un amante de Campos de Arenoso en cuyo pueblo nació el día 23 de febrero de 1886».

¡Paisanos, salud!

José Calpe de Sabino

NOTA

A tiempo de imprimir la letra del acto anterior, mi hermano Vicente me recuerda que hace muchos años, cuando comencé a escribir versos sin ánimo de darlos a la publicidad, escribí los que a continuación se expresan, los cuales mi hermano retiene en la memoria, si bien olvida algunos.

Declaro sinceramente que yo no recordaba ya de tales versos y, para que no vuelvan a perderse en el vacío de la ignorancia, es por lo que los adjunto en este folleto.

De mi tierra



Se halla Campos de Arenoso
en un terreno escabroso
a las faldas de Linares,
y se duerme silencioso
con el rumor del Mijares.

Por pronunciada pendiente
se sube a su pedestal;
tiene en la Plaza una fuente
y en extramuros un puente
para ir al Romeral.

Puente que todo campero
le debe vanagloriar
porque es largo y duradero;
solamente tiene un pero...
de que se mueve al pasar.

De chicas las hay hermosas,
alegres y bullangueras,
lozanas cual son las rosas
que se mecen caprichosas
al aire de las praderas.

Los domingos por la tarde
hasta la hora de la cena
de bailar hacen alarde
sin que nadie se acobarde
cuando la música suena.

Pídenle a la tabernera
las guitarras y guitarros;
las templan a su manera
y entonan jota campera
los cantadores bizarros.

Música ya organizada,
dan vueltas haciendo caza
y no hay moza ni casada
que no sepa que es llamada
hacia el baile de la Plaza.

En la misma hacen parado
mozas, mozos y chiquillas
y luego de un buen templado
dan señal de que ha empezado
el baile de seguidillas.

«Si la tierra de Campos
no es arenosa
pues en vez de Arenoso
sea esponjosa.

Al estribillo, niña,
nacida en Campos
fina campesina eres
de mis encantos.

Al pasar por el puente
fuerte aire te dió
que te alzó las faldas,
y ¡ay! lo que se te vió.

Al río, niña,
al río, al río,
me echaré cuando pases
por ver tu brío.

La Ramblalta y los Arcos
son dos masías
y un vecino de Campos,
no lo sabía.

Si más cuentas quieres
contaré otra vez:
La Ramblalta, los Arcos,
y el Romeral, tres».

Bailadas tres seguidillas
esperan suene la jota;
mientras miran a hurtadillas
los mozos a las chiquillas
entre chiste y chirigota.

A cuyo tiempo un bizarro
bailador da a beber vino
a los demás con un jarro
mugriento, de esos de barro,
por no tenerle más fino.

Y luego que a un instrumento
le cambian la cuerda rota
y templan, oído atento,
al aire suena el contento
de una jota y otra jota:

«Estuve en la Huertabaja,
la Huertalta y la Casilla,
en los Clotes, en los Planos,
en la Solana y la Ombría.

Pescando un día en el río
con un clásico aparejo
un pez pesqué que medía
de Campos a Montanejos.

El día menos pensado
iré a la Peña Redonda
y con honda la echaré
sobre el campanario de Onda».

Seguía otra jota y varios fandangos con varias quintillas
apoteósicas que mi hermano no ha retenido en la memoria, más
que unos versos sueltos sin hilación.